

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO

Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación).

ECHANDO una mirada sobre los pasados siglos, no encontramos época alguna en que el Cristianismo haya estado totalmente privado de misterios. «Probablemente hacia el final del siglo quinto, en los momentos en que la filosofía antigua desaparecía de las escuelas de Atenas, fué cuando la filosofía especulativa del neo-platonismo hizo su morada definitiva en el pensamiento cristiano, mediante las falsificaciones literarias del Pseudo-Dionisio. Las doctrinas del Cristianismo estaban por aquel entonces tan firmemente establecidas, que la Iglesia podía contemplar sin inquietudes cualquiera interpretación mística ó simbólica de ellas. El autor de la *Theologica Mystica* y de las demás obras que llevan el nombre del Areopagita, procede, pues, á desarrollar las doctrinas de Proclo, con muy ligeras modificaciones, dentro de un sistema de Cristianismo esotérico. Dios es el Uno que no tiene nombre, que está sobre toda esencia y aun por encima de la bondad misma. De aquí que la 'teología negativa', que sube de la criatura á Dios, abandonando uno tras otro todos los atributos determinados, nos conduzca más cerca de la verdad. La vuelta á Dios es la consumación de todas las cosas y la meta indicada por las enseñanzas cristianas. Estas mismas doctrinas fueron predicadas con más fervor eclesiástico por Máximo el Confesor (580-622). Máximo representa acaso la última actividad especulativa de la Iglesia grie-

ga; pero la influencia de los escritos del Pseudo-Dionisio fué transmitida á Occidente en el siglo noveno por Erigena, de cuyo espíritu especulativo toman su origen tanto el escolasticismo como el misticismo de la Edad Media. Erigena tradujo á Dionisio al latín, juntamente con los comentarios de Máximo, y su sistema se funda esencialmente sobre el de aquéllos. La teología negativa es adoptada, y se declara que Dios es un Ser sin predicados, por encima de todas las categorías, y, por tanto, no impropriamente se le llama Nada (esto es, Ninguna Cosa). De esta Nada ó esencia incomprensible surge-eternamente la creación del mundo de las ideas ó causas primordiales. Esta es la Palabra ó el Hijo de Dios, en quien existen todas las cosas, en tanto en cuanto tienen existencia substancial. Toda existencia es una teofanía, y así como Dios es principio de todas las cosas, asimismo es su fin. Erigena enseña la restitución de todas las cosas bajo la forma de la *adunatio* ó *deificatio* de Dionisio. Estos son los contornos permanentes de lo que puede llamarse la filosofía del misticismo de los tiempos cristianos; y es de notar la poca variación con que son repetidos de una en otra edad.» (1).

En el siglo once Bernardo de Clairvaux (1091-1153) y Hugo de San Víctor prosiguieron la tradición mística, así como Ricardo de San Víctor en el siglo siguiente, y San Buenaventura, el Doctor Seráfico, y el gran Santo Tomás de Aquino (1227-1274) en el siglo trece. Tomás de Aquino dominó la Europa de la Edad Media, no menos por la fuerza de su carácter que por su sabiduría y piedad. Confirma la «Revelación» como una fuente de conocimiento, de la cual son la tradición y la Escritura los canales por donde discurre; la influencia del Pseudo-Dionisio, notoria en sus escritos, lo liga á los neo-platónicos. La segunda fuente es la Razón, y sus canales, la filosofía platónica y el sistema de Aristóteles: esta última una no buena alianza que hizo el Cristianismo, pues Aristóteles vino á ser un obstáculo para el avance del pensamiento más elevado, como se hizo manifiesto en las luchas de Giordano Bruno el pitagórico. Tomás de Aquino fué canonizado en 1323; y aun hoy es este gran dominico el tipo de la unión entre la teología y la filosofía, que fué la aspiración de su vida. Todos ellos pertenecen á la gran Iglesia de la Europa Occidental, y sostuvieron su derecho á ser considerada como transmisora de la sagrada antorcha del saber místico. Alrededor de ella surgieron también muchas sectas, calificadas de heréticas, y que profesaban, sin embargo, tradiciones verdaderas de la enseñanza secreta; los Cataris y otros muchos fueron perseguidos por una Iglesia celosa de su autoridad y temerosa de que las perlas santas cayesen en manos profanas. En el mismo siglo también brilló Sta. Isabel de Hungría, por su dulzura y pureza, en tanto que Eckhart (1260-1329) da muestras de ser digno heredero de la escuela alejandrina. Eckhart enseñó que «La Deidad suprema es la Esencia absoluta (Wesen), incognoscible no sólo para el hombre, sino para sí misma; es tinieblas y absoluta indeterminación: *Nicht*, en contraposición á *Ich*, ó exis-

(1) Artículo sobre «Misticismo».—*Encyc. Britan.*

tencia definida y cognoscible. Sin embargo, es la potencialidad de todas las cosas; y su naturaleza, á través de un proceso triádico, alcanza la conciencia de sí misma como Dios trino. La creación no es un acto temporal, sino una necesidad eterna de la naturaleza divina. Eckhart se complace en decir: Yo soy tan necesario á Dios, como Dios me es necesario á mí. Dios se conoce y se ama á sí mismo en mi conocimiento y en mi amor.» (1).

En el siglo catorce siguieron á Eckhart Juan Tauler y Nicolás de Basel, «el Amigo de Dios en la Tierra». De ellos tomó origen la Sociedad de los Amigos de Dios, verdaderos místicos y seguidores de la tradición antigua. Mead hace notar que Tomás de Aquino, Tauler y Eckhart siguieron al Pseudo-Dionisio, quien había seguido á Plotino, Yámblico y Proclo, los cuales habían seguido á su vez á Platón y á Pitágoras (2). Así están eslabonados los secuaces de la Sabiduría de todas las edades. Un «Amigo» fué probablemente el autor de *Die Deutsche Theologie*, libro de devoción mística que tuvo la curiosa suerte de ser aprobado por Staupitz, el Vicario General de los Agustinos, quien lo recomendó á Lutero, el cual lo aprobó también y lo publicó en 1516, como libro que debía colocarse en lugar inmediato á la *Biblia* y á los escritos de San Agustín de Hipona. Otro «Amigo» fué Ruysbroeck, á cuya influencia con Groot fué debida la fundación de los Hermanos de la Suerte Común ó de la Vida Común, Sociedad que será por siempre memorable, por contar entre sus miembros á aquel príncipe de los místicos, Tomás de Kempis (1380-1471), el autor de la inmortal *Imitación de Cristo*.

El aspecto intelectual del misticismo se exhibe en los dos siglos siguientes con más vigor que el extático—tan dominante en aquellas sociedades del siglo catorce—y aparecen el cardenal Nicolás de Cusa, Giordano Bruno, el mártir caballero andante de la filosofía, y Paracelso, el muy calumniado sabio que derivó sus conocimientos, no de los canales griegos, sino de la fuente directa original de Oriente.

El siglo décimo sexto vió nacer á Jacobo Böhme (1575-1624), el «inspirado chapucero», de cierto, un Iniciado en la obscuración, cruelmente perseguido por gentes incultas. Después apareció Sta. Teresa, la muy oprimida y paciente mística española, y San Juan de la Cruz, llama viva de intensa devoción, y San Francisco de Sales. Sabia fué Roma al canonizarlos, más sabia sin duda que la Reforma, que persiguió á Böhme; pero el espíritu de la Reforma fué siempre acentuadamente contrario al misticismo: su alito, como el sirocco, marchitó las hermosas flores del misticismo, por do quiera que pasara.

Roma, que, aunque canonizó á Teresa muerta, viva la fatigó sañudamente, trató de mala manera á Mme. de Guyon (1648-1717), verdadera mística, y á Miguel de Molinos (1627-1696), digno de figurar al lado de San Juan de la Cruz, el cual mantuvo flagrante en el siglo diecisiete la elevada devoción del místico convertida á una forma especial pasiva: el «Quietismo».

(1) Artículo «Mysticism», *Encyclopædia Britannica*.

(2) *Orpheus*, págs. 53 y 54.

En este mismo siglo se estableció en Cambridge la escuela de los platónicos, entre los cuales figura, como ejemplar notable, Henry More (1614-1687); asimismo son dignos de citarse Tomás Vaughan y Roberto Fludd, el Rosacruz. Constituyóse también la Sociedad Filadélfica, apareciendo en actividad durante el siglo dieciocho William Law (1686-1761) y aun sobrepujando á San Martín (1743-1803), cuyos escritos han fascinado á tantos espíritus estudiosos del siglo décimonono (1).

No debemos omitir á Christian Rosenkreutz (muerto en 1484), en cuyo nombre se fundó en 1614 la Sociedad mística de la Rosa Cruz, que sostuvo el conocimiento verdadero, y cuyo espíritu renació en el «Conde de San Germán», figura misteriosa que aparece y desaparece entre sombras, iluminada por los relámpagos amenazadores del último tercio del siglo dieciocho. Místicos fueron también algunos cuaqueros, la muy perseguida secta de los Amigos, que buscaban los fulgores de la Luz Interna y procuraban siempre oír la Voz Intima. Muchos más místicos hubo, «de quien el mundo no fué digno», bien así como la sabia y encantadora Madre Juliana de Norwich, del siglo catorce, joyas de la Cristiandad muy poco conocidas, pero que justifican al Cristianismo ante el mundo.

Sin embargo, aun guardando todo acatamiento á estos Hijos de la Luz, esparcidos por todas las centurias, nos sentimos forzados á reconocer en ellos la falta de aquella unión de aguda inteligencia y devoción elevada que producía la enseñanza de los Misterios; y mientras nos maravillamos de que hubiesen volado tan alto, experimentamos cierto deseo de haber visto cómo se hubiesen desarrollado tan raras dotes bajo la influencia de aquella magnífica *disciplina arcani*.

Alfonso Luis Constant, más conocido por su pseudónimo de Eliphas Levi, ha expuesto con exactitud la pérdida de los Misterios y la necesidad de su restablecimiento. «Una gran desgracia sucedió al Cristianismo. La traición hecha á los Misterios por los falsos gnósticos — pues los gnósticos, esto es, aquellos que saben, eran los Iniciados del Cristianismo primitivo — fué causa de que la Gnosis fuese rechazada y de que la Iglesia se hiciese extraña á las supremas verdades de la Kabbala, la cual contiene todos los secretos de la teología transcendental. . . Vuelvan á ser la ciencia más absoluta y la razón más elevada el patrimonio de los directores del pueblo; empuñen de nuevo el arte sacerdotal y el arte regío el doble cetro de las antiguas iniciaciones, y el mundo social saldrá otra vez del caos. No sigáis arrojando á las llamas las imágenes santas; no destruyáis más los templos: templos é imágenes son necesarios á los hombres; pero echad á los mercaderes de la casa de oración; que los ciegos no continúen siendo guías de los ciegos, sino reconstruid la

(1) Debemos consignar aquí nuestro reconocimiento por el artículo de la *Encyc. Brit.* titulado «Misticismo», aunque esta publicación no salga responsable de las opiniones expresadas en ella.

jerarquía de la inteligencia y de la santidad, reconociendo sólo á los que saben como instructores de los que creen.» (1)

¿Volverán las Iglesias actuales á la enseñanza mística, á los Misterios Menores, preparando así á sus hijos para el restablecimiento de los Misterios Mayores, atrayendo de nuevo á los Angeles como Maestros, y logrando por Hierofante á Jesús, el Instructor Divino? De la contestación á esta pregunta depende el porvenir del Cristianismo.

CAPÍTULO IV

EL CRISTO HISTÓRICO

En el primer capítulo hablamos ya de la identidad de todas las religiones del mundo, y vimos que el estudio de esta identidad, por lo que se refiere á creencias, simbolismo, ritos, ceremonias, historias y fiestas conmemorativas, ha producido una escuela moderna que asigna á todo ello un origen común: la ignorancia humana, y la explicación primitiva de los fenómenos naturales. De esta identidad se han sacado armas para herir de muerte á cada religión en particular, y los ataques más rudos contra el Cristianismo y contra la existencia histórica de su fundador han partido de este campo. Así es que para hacer el estudio de la vida de Cristo y de los ritos del Cristianismo, de sus sacramentos y de sus doctrinas, resultaría fatal la ignorancia de los hechos tales cuales se presentan ordenados por los autores de Mitología Comparada. Bien comprendidos, pueden ser de provecho más bien que dañosos. Hemos visto que los Apóstoles y sus sucesores interpretaban el Antiguo Testamento con la mayor libertad, atribuyéndole un sentido alegórico y místico, mucho más importante que el histórico, aunque no negasen éste en modo alguno; y no hacían escrúpulos de enseñar al creyente instruido que algunas de sus narraciones, históricas al parecer, eran en realidad puramente alegóricas. En ningún otro caso, quizá, es más necesario hacerse de esta inteligencia, que cuando se trata del estudio de la historia de Jesús, llamado el Cristo; pues si no desenredamos los enmarañados hilos, y no vemos dónde han sido tomados los símbolos como sucesos y las alegorías como historias, perderemos la mayor parte de la instrucción encerrada en el relato y mucho de su rarísima belleza. Nunca insistiremos lo bastante en afirmar que el Cristianismo tiene que ganar y nada que perder, añadiendo á la fe y á la virtud el conocimiento, conforme lo ordenaron los Apóstoles (2). Temen los hombres que el Cristianismo se debilite si se le mira á la luz de la razón, y consideran «peligroso» el admitir que los sucesos que se han considerado históricos, tienen el alcance más profundo de un significado mítico ó místico. Pero es al contrario, pues se fortalece; y el que así lo

(1) *The Mysteries of Magic*, trad. por A. E. Waite, págs. 58 y 60.

(2) II, San Pedro, I, 5.

estudia, ve con alegría que la perla de gran valor brilla con una luz más clara y más pura, cuando se la despoja de la cubierta de ignorancia, y saltan á la vista sus múltiples matices.

Hay al presente dos escuelas, diametralmente opuestas, que sostienen una contienda acerca de la historia del gran Maestro hebreo. Según una, los relatos de su vida sólo contienen mitos y leyendas creados para explicar fenómenos naturales: restos de un método pintoresco de enseñanza de ciertos hechos de la Naturaleza, encaminado á imprimir en las mentes incultas determinadas clasificaciones de acontecimientos naturales, importantes en sí mismos, y que se prestaban á la educación moral. Forman los que así opinan una escuela bien definida, en la que figuran hombres de gran erudición y elevado entendimiento, y en derredor suyo se amontona una turba menos instruída, que se produce con cruda vehemencia, encareciendo las teorías más destructoras.

A esta escuela se opone la de los cristianos ortodoxos, que sostienen que la vida entera de Jesús es histórica, sin mezcla de leyendas ni de mitos. Afirman que se trata de la historia de un hombre que nació hace diecinueve siglos en Palestina, y que pasó por todas las peripecias y acontecimientos expresados en los Evangelios, sin que la narración tenga otro significado que el de una vida divina y humana.

Están, pues, las dos escuelas en completo antagonismo, asegurando la una que todo es leyenda, y declarando la otra que todo es historia. Median entre ellas pensadores de muchos y diversos matices, que en general son llamados «librepensadores», los cuales consideran la narración de aquella vida, legendaria en parte y en parte histórica, pero no ostentan método alguno definido y racional de interpretación, ni alguna explicación adecuada del complicado conjunto. Y así mismo encontramos dentro de la comunión cristiana un número considerable y siempre creciente de fieles y devotos creyentes, cuya inteligencia es refinada, su fe ardiente y sus aspiraciones sinceramente religiosas, y que ven en la narración de los Evangelios algo más que la historia de un solo y particular Hombre divino. Al defender su posición, en lo que se refiere á las escrituras recibidas, declaran que la historia de Cristo tiene un sentido más profundo y transcendental que el que aparece en la superficie, y, aun sosteniendo el carácter histórico de Jesús, afirman que EL CRISTO es más que el hombre Jesús, y que tiene un significado místico. En su apoyo mencionan frases tales como la de San Pablo, donde dice: «Hijitos míos, que vuelvo otra vez á estar de parto de vosotros hasta que Cristo sea formado en vosotros» (1); y es notorio en verdad que en este pasaje no pudo referirse San Pablo á un Jesús histórico, sino á cierta florecencia del alma humana, que para él constituía la formación de Cristo en ella. El mismo maestro declara también que, aunque había conocido á Cristo

(1) Gal., IV, 19.

según la carne, en adelante no volvería á conocerle más así (1); con lo que sin duda daba á entender que, si bien reconocía al Cristo de carne — á Jesús —, había alcanzado, sin embargo, un punto de vista más alto, desde el cual el Cristo histórico le aparecía en la penumbra.

Este es el punto de vista tras el que andan muchos en estos nuestros tiempos; suspensos frente á los hechos puestos en claro por la Mitología Comparada, perplejos á la vista de las contradicciones contenidas en los Evangelios, y confundidos al reconocer su incapacidad para resolver tales problemas, mientras permanezcan ligados al mero superficial sentido de las Sagradas Escrituras, gritan desesperadamente, proclamando que la letra mata y que sólo el espíritu vivifica; y, entre tanto, ponen todo su esfuerzo en rastrear algún significado amplio y profundo en una narración tan antigua como las religiones del mundo, y centro y vida de cada una de ellas, conforme han ido apareciendo. Estos asendereados pensadores, demasíadamente indefinidos y desligados entre sí para que pueda considerárseles formando escuela, tienden una mano á los que juzgan que todo es leyenda, sugiriéndoles la aceptación de una base histórica; la otra tienden á sus compañeros cristianos, avisándoles del peligro que corren, y que aumenta por días, de que se pierda por completo el sentido espiritual, si continúan apegados á la mera significación literal, indefendible ya frente á los conocimientos invasores de la edad en que vivimos. Hay peligro de que se pierda «la historia del Cristo», juntamente con la idea del Cristo, que ha sido la inspiradora y ha servido de arrimo, así en Oriente como en Occidente, á millones de almas nobles, sean cuales fuesen los nombres con que al Cristo se conozca y las formas en que se le adore. Sí, se corre el riesgo de que la perla de gran precio se escape de nuestras manos, y quede el hombre por siempre más pobre.

Para desvanecer el peligro, es necesario desenredar los diferentes hilos de la historia del Cristo y colocarlos uno al lado del otro con la debida separación: el hilo de la historia, el hilo de la leyenda, el hilo del misticismo. Los tres fueron torcidos en una sola cuerda, para confusión de los hombres pensadores; mas, al desenredarlos, nos encontraremos con que la narración se hace más valiosa con el conocimiento que se le añade; y mientras más clara sea la luz que se arroje sobre ella, tanto mayor será su belleza, como pasa con todo lo que tiene la verdad por fundamento.

Estudiaremos primero el Cristo histórico, después el Cristo mítico, y en tercer lugar el Cristo místico, y veremos que al Jesucristo de las Iglesias lo forman elementos sacados de todos ellos. Todos entran en la composición de la grandiosa y patética figura que domina los pensamientos y emociones de la Cristiandad; el Hombre de las amarguras, el Salvador del mundo, el amoroso Señor del género humano.

(Se continuará).

(1) II. Cor., V, 16.

BUSCANDO LO POSITIVO

(CONTINUACIÓN).

HEMOS dicho que si el hombre pudiese heredar de sus mayores las facultades mentales y morales, esto implicaría, por una parte, la negación de la ley del progreso, y por otra, un lamentable retroceso. Los padres aman generalmente á sus hijos con amor entrañable, y por lo tanto, se desviven por labrar su felicidad—según ellos la entienden—creyendo (y esta es una creencia bien inocente) que á ellos solos deben el ser y que sus hijos son una parte de sí mismos. Verdaderamente son una parte de sí mismos, pero es de la parte más grosera de su ser, no de su parte más noble y elevada. Por mucho que sea el amor que los padres sientan por su hijo, no pueden darle lo que no poseen, y, por lo tanto, siendo el hijo una parte integrante de los padres, no podrá demostrar facultades que de ellos no ha podido recibir. Entendemos que en buena lógica el hijo debería—si en realidad hubiese recibido la totalidad de su ser de los padres corporales—demostrar exactamente las mismas cualidades y aptitudes de sus progenitores, por aquello de que una cosa no puede ser desigual á sí misma, y en este caso, no poseyendo el hijo nada que no procediese de los padres, y siendo una exacta reproducción de los mismos, le sería completamente imposible mostrar lo que no posee, y la ley del progreso resultaría una utopía, pues se sucederían las generaciones conservando siempre los mismos hábitos, las mismas tendencias y las mismas disposiciones. Si tomamos un vaso de agua de un estanque, nadie dudará de que esta pequeña porción de agua posee las mismas cualidades que el resto de la que contiene el estanque; su sabor, densidad y transparencia serán las mismas; pero si á ese vaso de agua le añadimos un terrón de azúcar, por ejemplo, sus cualidades variarán por completo, su sabor habrá cambiado, su densidad aumentado y su transparencia se habrá enturbiado. Aquí se ha verificado un cambio, pero para obtenerlo, ha sido indispensable un agente extraño que no estaba presente en el estanque, pues sin él hubiera sido imposible que el agua del vaso cambiara; siempre hubiera con-

tinuado siendo igual á la del resto del estanque, de la propia suerte que si en el hijo no concurriera un agente extraño á los padres, jamás podría demostrar aptitudes que éstos no poseyeran. ¿Cómo se explica, pues, que los hijos muestren con tanta frecuencia aspiraciones y tendencias tan opuestas á las de sus padres? ¿De dónde proceden esas facultades extraordinarias que de vez en cuando admiramos en esos niños llamados *precoces*? Tales niños proceden á veces de padres cuyo nivel moral é intelectual está muy por debajo del de sus hijos. Y, por otra parte, ¿cómo se explica el notable retroceso que significa que de padres de cierta elevación moral nazcan hijos cuyo proceder vicioso y hasta criminal nada ni nadie es capaz de corregir? Aquí, sin causa ni motivo alguno, el agua clara y cristalina extraída del estanque se ha convertido en agua pantanosa.

Es un axioma por todos aceptado, que no hay efecto sin causa, y si la causa de que el hijo sea vicioso no podemos hallarla en los padres, forzoso nos será buscarla en otra parte, pues ateniéndonos al axioma antedicho, estamos seguros que ella existe. Tan antinatural é ilógico es que de un padre medianamente bueno nazca un hijo perverso, como que de este mismo padre proceda uno de esos hombres á los que por su saber y transcendentales virtudes damos el nombre de santos. En la Naturaleza no suceden milagros, pues todo está supeditado á leyes fijas é inmutables, y donde hay leyes, no son posibles los milagros.

Nosotros vemos la causa de que el hijo no se parezca moralmente al padre en el hecho de que el hombre es un ser de una naturaleza muy compleja que se desarrolla á través de los siglos, adquiriendo este desarrollo y progreso por medio de esfuerzos individuales que la Naturaleza secunda por medio de sus leyes. Pero se comprenderá que la distancia que separa al hotentote de uno de nuestros sabios académicos, no puede ser salvada en el breve período de una vida, pues ya hemos visto que el progreso es muy lento. Por esta razón el hombre necesita para desarrollarse de vidas innumerables, y las diferencias en las aptitudes que entre nosotros notamos, son debidas las experiencias más ó menos numerosas que la chispa de vida, ó sea la individualidad, ha adquirido al pasar de una á otra vida, es decir, de un cuerpo á otro. Esto explica el por qué el hijo se parece físicamente al padre, al paso que moralmente hay muchas veces entre ellos una enorme diferencia. Los cuerpos proceden de los cuerpos, pero aquello que en nosotros piensa, siente y quiere, tiene un origen más elevado, procede del polo positivo del Absoluto, el cual es espíritu, vida, pensamiento, fuerza y

movimiento incesante. La materia, de la cual todas las formas se derivan, pues forma y materia son dos términos convertibles, es un elemento pasivo, incapaz por sí solo de movimiento alguno, y por ende, incapaz de producir el pensamiento que es vida y movimiento, y si la vida—que no tiene forma—no estuviese presente en todas las formas que vemos y en nuestros propios cuerpos, los átomos de que éstos están compuestos, se disgregarían por carecer del lazo que los une. La vida existe por sí misma, en tanto que las formas no son más que creaciones pasajeras que para su servicio trae la vida á la existencia. La vida es eterna, la forma es temporal y transitoria. La vida, con respecto á la forma, viene á ser lo que el agua con respecto á la harina; el agua reúne á las partículas de harina en un solo haz susceptible de tomar cualquier forma y de convertirse en un cuerpo sólido; mas si el agua se separa, las partículas de este cuerpo se desunirán, volviendo á formar cuerpos diminutos separados que el viento esparcirá. De la propia suerte la vida anima y da consistencia á la forma, y cuando la vida se separa por *completo* de la forma, ésta se resuelve en átomos y los átomos en substancia primordial.

Con lo que hemos dicho creemos haber dado una idea—si bien necesariamente muy ligera é imperfecta—del modo de ser de la Naturaleza, así como del destino que á todo y á todos nos está reservado, el cual no es otro que el de progresar eternamente, pues ya hemos visto que eso que llamamos muerte, no es más que una palabra vana que en el terreno de la realidad es un verdadero imposible. Efectivamente, ¿cómo nos ha de ser posible concebir que una cosa que existe pueda dejar de existir ó quedar reducida á la nada? A nosotros, á lo menos, por muchos que sean los esfuerzos que hagamos en este sentido, no nos es posible concebirlo. Sin embargo, á la mayoría de los hombres les es más fácil concebir y comprender la indestructibilidad de la materia que la del pensamiento ó espíritu, pues á la primera, como que ocupa lugar en el espacio, la ven y pueden pesarla y medirla—á lo menos cuando se haya reunido una cantidad suficiente de átomos, para formar un cuerpo que por medio de sus microscopios sea visible á sus toscos sentidos—, en tanto que al pensamiento, espíritu, fuerza, energía ó movimiento, llámesele como se quiera, como que no ocupa lugar en el espacio objetivo (1) no pueden verlo, y por lo tanto, no pueden pesarlo

(1) Llamamos objetivo al espacio que nos es conocido, por cuanto se nos ocurre pensar que debe existir un espacio subjetivo ó espiritual, del cual el objetivo no es más que la sombra ó trasunto; pero nuestras luces no alcanzan á descender hasta esas abstractas profundidades. Si no estamos equivocados, ya llegará el momento en que otros seres más desarrollados que nosotros lo confirmarán.

ni medirlo. A cualquiera se le alcanza que un objeto, por pequeño que sea, es susceptible de ser dividido y subdividido hasta lo infinito, y que por diminuta que sea una de las partes que resulten de esa división y subdivisión, siempre resultará un algo que, por muy diminuto que sea, ocupará un lugar en el espacio. Sin embargo, el pensamiento existe y por este solo hecho es tan inmortal é indestructible como la materia; más aún, es la inmortalidad misma y el origen de todos los universos, pues la materia, aunque eterna como el espíritu, jamás saldría de su pasividad característica, si el pensamiento no le comunicara la vida y la pusiera en movimiento. Pobre y menguada cosa sería el pensamiento si con nuestros sentidos físicos pudiéramos percibirlo. En los mundos que nos rodean, y en nuestros propios cuerpos, podemos ver la obra del pensamiento, mas no al pensamiento mismo. Al pensamiento no se le puede ver, sólo se le puede concebir. Sólo el pensamiento puede concebir al pensamiento. Con los sentidos físicos sólo se puede percibir lo físico, y aun esto en una medida bastante restringida por cierto. Para percibir lo que se halla más allá de lo físico—que es en verdad lo más importante y transcendental—, se necesita emplear medios más sutiles que los que nos pueden proporcionar los sentidos físicos. Se necesita emplear facultades que, más ó menos desarrolladas, todos los seres racionales poseemos. La concepción ó sentimiento interno en el hombre de que una cosa existe, es una función ó facultad de nuestro espíritu mucho más sutil, noble y elevada que la percepción por medio de los sentidos externos, y lo prueba el hecho de que los seres inferiores que nos rodean, los animales, aun los más avanzados en su evolución, como por ejemplo el elefante y el perro, no poseen ese sentimiento interno ó moral, por lo cual no les es dable apreciar un gran número de cosas de orden moral que todos los hombres, en mayor ó menor escala, podemos apreciar.

Al animal no le es posible apreciar lo que es la duración del tiempo, en qué consiste la bondad, la virtud y la inteligencia; no puede comprender que ha de morir, ni en qué consiste la muerte, etc., etcétera, cosas todas que el hombre se sabe de memoria. Así como por medio de una maciza y grosa báscula que sirve para pesar toneladas de carbón no nos sería posible notar la diferencia que existe entre dos pequeños cuerpos que el uno pesara 24 y el otro 25 miligramos, pues ni siquiera los dos reunidos harían mella en ella, del mismo modo por medio de los groseros sentidos físicos no nos es posible percibir al pensamiento. Por el contrario, si para notar la diferencia que existe entre estos dos pequeños cuerpos empleamos la delicada y sutil balanza que

el sabio usa para sus experimentos científicos, ésta nos dirá claramente el peso exacto de cada uno. No hay para qué decir que la grosera báscula son los sentidos físicos y la delicada balanza nuestro sentimiento interno y moral. ¿Quién de nosotros no se ha extasiado alguna vez ante el magnífico espectáculo que presenta una puesta de sol, ante la hermosura de una flor, ó ante el brillante plumaje de algunos pájaros y aun ante la belleza de alguna de esas obras que nos han legado esos hombres que de vez en cuando aparecen entre nosotros y á los cuales damos con justicia el nombre de genios? ¿Qué es lo que hay en nosotros que nos permite comprender y distinguir entre lo que es bello y lo feo, entre el bien y el mal, entre lo que es grande y sublime y lo que es ruin y mezquino, afecciones todas que al animal le está vedado sentir? La materia de que están compuestos nuestros cuerpos es exactamente la misma que la de los animales y plantas; esto creemos que nadie lo pondrá en duda, y si esto es así, ¿cómo hemos de explicarnos que la planta se halle á un nivel *inteligente* tan inferior al animal y que el hombre posea facultades que establecen un abismo entre él y el animal? Si tomamos un cadáver humano y el de un animal y dejamos que el tiempo los reduzca á polvo, ó si para reducirlos á ese estado empleamos un procedimiento más rápido, el de la incineración (lo que dicho sea de paso sería de gran provecho para la humanidad), nadie será capaz de distinguir entre el polvo que pertenecía al cuerpo del hombre y el del animal, y no podrá distinguir por qué esas dos masas de polvo son exactamente de la misma naturaleza. ¿En qué consistía, pues, que ese polvo, que es de la misma naturaleza, presentara tan enormes diferencias cuando constituía los respectivos cuerpos del hombre y del animal? Por necesidad hemos de admitir que en cada uno de estos dos cuerpos había un algo diferente que los caracterizaba.

No se nos diga que, aun cuando la materia del cuerpo humano y el del animal es idéntica, la diferencia de aptitudes entre ambos es debida á lo delicado del organismo humano, á la sutileza de las partículas de su cerebro ó á la disposición más ó menos armónica de sus órganos cerebrales, etc., etc., pues á esto contestamos que la disposición y sutileza de las partículas de materia de un cuerpo no cambian la esencia de la misma. A la materia se la puede dar formas infinitas y se la puede rarificar y utilizar hasta un punto inconcebible para nosotros; pero su esencia, que es la pasividad, no puede variar. De un pedazo de hierro podemos labrar un objeto tan tosco como un martillo, por ejemplo, y podemos construir también con él una de las más delicadas piezas que componen una complicada máquina, así como reducirlo á pol-

vo ó á liquido para introducirlo en el cuerpo humano como agente curativo; en estas diferentes operaciones la forma, y aun el estado del pedazo de hierro habrá cambiado, más su esencia será siempre la misma.

La causa de que el hombre posea un organismo más complicado y perfecto que el del animal, es debido á que la chispa de vida inmortal que anima al hombre se halla en un nivel mucho más avanzado de su evolución, y por lo tanto, necesita un vehículo mucho más perfecto y complicado para poder manifestar sus múltiples aptitudes. La chispa de vida que anima á la forma humana no puede descender á animar una forma animal, pues la naturaleza marcha siempre en sentido progresivo, jamás retrocede. La naturaleza siempre nos presentará nuevas perspectivas, pero una vez que hemos aprendido una lección, no la repite. Decimos que la naturaleza siempre nos presentará nuevas perspectivas, y al decir esto no nos referimos únicamente al hombre, sino á todos los seres que existen en el Kosmos Infinito por muy elevados que sean. Si la naturaleza no nos presentara siempre nuevas perspectivas, esto es, si el progreso tuviera un límite, si al ser no le quedara siempre y eternamente algo que aprender, esto equivaldría á la muerte, porque por mucha que fuera la felicidad que pudiera proporcionarle un conocimiento y una pureza muy elevados, llegaría un momento ú otro en la Eternidad en que esta misma felicidad le abrumaría y concluiría por sumirle en el sopor y en la inconciencia.

LUIS PHATHELET.

(Concluid).



¿VIVIÓ JESÚS 100 AÑOS ANTES DE NUESTRA ERA?

Los innumerables problemas que de todos lados surgen frente á la tenaz perseverancia de los estudios teosóficos son, cada cual en su propia esfera y oportunidad, de tan inmensa importancia, que sería un tanto presuntuoso para el estudiante el elegir uno de ellos, declarando su solución inmediata más urgente que la de los restantes. A cada uno de nosotros, sin duda alguna, parece, en cada momento de nuestra evolución, que importa más algún problema especial, y todos los demás se nos hacen secundarios por el pronto; pero este momento pasa y otro sucede, y

con él se presenta algún nuevo enigma: uno antiguo con una apariencia nueva.

Acaece, sin embargo, al presente, que hay un problema cuya existencia ni aun siquiera conoce el público en general, y que no obstante es de grandísimo interés para muchos estudiantes de Teosofía, y que á mi parecer exige con urgencia, no una solución — pues de tal cosa tengo pocas esperanzas — sino una definición más satisfactoria que la que hasta ahora ha tenido.

Este problema, cuya definición más clara intento, no es un enredo metafísico, ni un enigma espiritual, ni aun siquiera una cuestión moral dudosa (aunque todos estos factores pudieran entrar en él); es la investigación de hechos físicos que se hallan completamente dentro del espacio medio del llamado período histórico. No por esto deja de ser de inmensa importancia para los concienzudos estudiantes de los «orígenes», pues ofrece nada menos que la cuestión de un error de fecha respecto á la época en que vivió el fundador del Cristianismo; y esto no en un margen relativamente corto de siete ú ocho años (como muchos han argüido ya con la sola base de la *data* tradicional generalmente aceptada), sino que se trata de una diferencia que implica en este particular el enorme abismo de tiempo de un siglo entero. En una palabra, el problema puede enunciarse llanamente en la sorprendente y al parecer rara pregunta: ¿Vivió Jesús 100 años antes de la Era cristiana?

Ahora bien; si tal género de pregunta hubiera permanecido limitada á un pequeño círculo de investigadores primordiales del lado oculto de las cosas, ó si podemos expresarnos así, del noumeno de las cosas históricas, que se encuentra bajo los borrosos anales de los fenómenos que nos han sido transmitidos por la tradición, no habría necesidad de la presente serie de escritos; pero en los últimos años han sido impresas y han circulado entre el público en general algunas declaraciones muy positivas sobre este asunto, basadas en los referidos métodos de investigación; y lo que en opinión del que escribe hace aún más urgente el caso, es que estas declaraciones se están aceptando con facilidad por un número siempre creciente de personas. Ahora bien; demás está el decir que la mayoría de los que han aceptado tales asertos, lo han hecho, ya sea por razones subjetivas satisfactorias para ellos, ó por algún sentimiento ó impresión interna que no se han tomado el trabajo de analizar. Tal

estado de cosas exige que, pues han oído hablar algo de la cuestión, oigan ahora más, y que el asunto se saque fuera del terreno de la primitiva crudeza de una elección entre dos afirmaciones contradictorias, y se coloque dentro de la esfera más sutil de la investigación crítica.

Y á fin de que el lector no espere desde un principio grandes cosas y tenga luego una decepción, comenzaré por repetir, á modo de prefacio, que está muy lejos de mis aptitudes (y sin temor creo poder añadir, que está también por encima de la habilidad de cualquier otro estudiante de historia normalmente dotado) el resolver este asunto de un modo absoluto, y mucho menos el contestar con un sí enfático; á la verdad, la mayor parte de las inteligencias hechas á la investigación histórica, hasta las más prudentes, se sentirán muy inclinadas á considerar las probabilidades de las pruebas asequibles, como indicadores de una clara negativa, al paso que la gran mayoría del público, por de contado, decidiría el problema anticipadamente, no sólo con un No mal humorado, sino con la consideración además de que el hecho mismo de plantear el problema acusa una mente bastante perturbada.

No emprendemos, pues, estos artículos con la esperanza de llegar á resolver definitivamente la cuestión, sino más bien con el objeto de señalar las dificultades que el historiador sin prejuicios tiene que vencer, aun antes de llegar al reconocimiento calificado de una proposición tan revolucionaria en el dominio de los orígenes cristianos; y esto con la intención principal de indicar lo que á mí me parece una sana actitud mental, con relación á problemas similares, la cual deben procurar aquellos de entre nosotros que han tenido alguna experiencia de las posibilidades de la llamada investigación oculta, pero á quienes no ha sido dado estudiar tales cuestiones por sí mismos.

Así, pues, espero con toda sinceridad hablar del asunto sin prevención; pero cúmpleme advertir á las personas cuyas facultades sean las normales, que considero más sano el que suspendan su juicio respecto de toda afirmación categórica, sea quien quiera el que la hiciese, que no caer, ora sea sin investigación, ora sea después de un largo estudio, en la desesperación consiguiente de poder llegar con el material insubstancial comúnmente tenido como historia, á una serie positiva de hechos incontrastables, arraigando así la mente de nuevo, en cualquiera

de los dos casos, en alguna forma histórica, mediante una clase de pruebas cuya naturaleza ignoramos aún por completo.

Debo exponer, además, brevemente algunas consideraciones que me impiden decidirme, ya por una rotunda negativa, ya siquiera por una actitud puramente agnóstica respecto de posibilidades de investigación diferentes de las que están al alcance de la habilidad é ingenio normales; pues si tratamos con sinceridad de interpretar de un modo satisfactorio los fenómenos observados de nuestras vidas, nos vemos obligados, por una necesidad más fuerte que nosotros, á tomar en consideración *todos* los hechos de nuestra experiencia personal, por escépticos que seamos respecto de las experiencias de otros, ó por críticos que podamos ser respecto de las nuestras propias. Por otra parte, admitimos sin dificultad que los que no han tenido experiencias semejantes á las nuestras, están llenos de razón al adoptar una actitud agnóstica á propósito de nuestras declaraciones, pero dudamos que pueda considerarse cosa propia de una inteligencia científica, el negar *a priori* la posibilidad de nuestras experiencias, ó rechazar con desdén el asunto sin intentar su investigación.

He tenido la fortuna — así lo considero — de conocer algunos individuos cuyos sentidos más sutiles están, en mayor ó menor escala, más desarrollados que lo corriente; y también conozco íntimamente unos pocos que poseen en alto grado la capacidad de percibir impresiones, vibraciones ó estímulos extra-normales. Estos últimos son amigos personales míos, á quienes trato hace muchos años y con quienes he vivido muy estrechamente asociado. Como conozco de antiguo sus caracteres, puestos á prueba muchas veces por las circunstancias, abrigo la seguridad de que no intentan engañarme, al mismo tiempo que tengo todo género de razones para creer en su buena fe. Y por cierto que nada granjearían engañándome, sino por el contrario, perderían mucho; pues de una parte, mi devoción por los estudios que persigo y la obra que he emprendido, son del todo independientes de los individuos y de sus declaraciones; y de otra, el sentimiento de mi responsabilidad ante la humanidad en general es tal, que no vacilaría en lo más mínimo en proclamar abiertamente cualquier fraude, si llegare á descubrir algún intento de superchería, especialmente en materias que, en mi concepto, son más que sagradas para todos los que aman la ver-

dad y trabajan por el bien común. A mayor abundamiento no es el mío un caso para tratar de influir sobre un «partidario» privado, ya sea de ellos ó de alguna secta particular, pues somos contemporáneos en estudios análogos y coincidimos en la aspiración de demoler los muros en que se encierra el sectarianismo.

Ahora bien; estos pocos amigos míos, de modo tan especial dotados, están unánimes en declarar que Jeschu, el Jesús histórico, vivió un siglo antes de la fecha tradicional. Todos, sin excepción, aseguran que, al fijar su atención en el asunto, pueden ver los sucesos de aquellos lejanos tiempos pasando ante la mirada de su mente, ó más bien, que durante ese momento les parece estar en medio de ellos, al modo con que nosotros observamos los sucesos ordinarios de la vida real. Afirman que no sólo coinciden en un mismo resultado todas sus investigaciones individuales en este punto, sino que cuando varios de ellos han trabajado juntos, rectificándose unos á otros, el resultado ha sido siempre el mismo.

Familiarizado como estoy con las hipótesis de la «alucinación colectiva», «engaño sincero de sí mismo» y «subjetivismo» de todas clases, no he podido acabar conmigo que cualquiera de estas teorías, ni alguna combinación de ellas, fuesen bastantes á explicar satisfactoriamente el asunto. Por ejemplo, aun concediendo que algunas de las narraciones sobre el Jesús judío (las cuales, separadas del resto, parecen confirmar la fecha de 100 años antes de nuestra Era) puedan haber sido conocidas previamente por algunos de mis colegas, por donde fuese razonable suponer que esta curiosa tradición hubiera fascinado sus imaginaciones hasta el punto de convertirse en elemento determinante de lo que pudiera llamarse su facultad dramatizadora subjetiva, hay dos consideraciones que, á mi parecer, fundado en mi propio conocimiento y experiencia propia, debilitan grandemente la fuerza de esta escéptica, aunque, por otra parte, razonable suposición.

En primer lugar está la consideración general de que mis amigos difieren muchísimo entre sí por lo que hace á sus temperamentos; la mayor parte son de nacionalidades distintas, mientras que sus conocimientos objetivos sobre los orígenes cristianos y sus opiniones especiales acerca del Cristianismo externo varían de un modo notable de unos á otros. Pero hay más. Aunque todos ellos tratan sinceramente de ser imparciales

asunto tan importante, por referirse á la vida de un Maestro por el cual experimentan, en el sentido más real de la palabra, la reverencia más profunda, algunos de ellos no son secuaces especiales de este Maestro particular, en tanto que otros, por el contrario, caminan por la senda que Aquél trazara, atraídos de modo especial, y por tanto, era de esperar naturalmente que contrarrestasen, en interés de la tradición por ellos recibida, cualquier tendencia á una extravagancia aparente que no estuviese debidamente justificada por experiencias propias, capaces de contrastar su educación y sus juicios naturales preconcebidos.

Viene en segundo lugar la muy especial consideración de que muchas veces me ha sido dado poner á prueba la exactitud de los asertos de algunos de mis colegas, ya en asuntos de naturaleza parecida al que nos ocupa, ya de un carácter más personal. Y á fin de que mi testimonio no sea recusado por algún lector impaciente, expondré brevemente la calidad de tal comprobación.

Pero será conveniente que antes se entienda que el método de investigación á que me refiero, no se relaciona en modo alguno con ningún estado de *trance*, ya sea auto-inducido ó producido hipnóticamente. Por lo que puedo juzgar, mis colegas se encuentran, según todas las apariencias, en su estado normal completo. No entran en ceremonia alguna externa ni interna, en lo que á esto respecta, ni tan siquiera verifican alguna preparación previa, salvo que toman una postura cómoda. Además, no sólo describen dentro de los límites de su capacidad normal lo que está pasando ante su visión interna, al modo que cualquiera describe una escena de la vida real que está observando, sino que muchas veces se sorprenden tanto como sus oyentes, porque las escenas ó sucesos que están tratando de describir, no son, en modo alguno, tales como ellos suponían, por lo que hacen observaciones críticas, y con frecuencia tan escépticas, como las de aquellos que no pueden «ver» por sí mismos, pero cuyos conocimientos sobre el asunto, mediante el estudio ordinario, puede ser mayor que el de ellos.

Ahora bien; aun cuando es cierto que en los más casos no he podido comprobar sus asertos (lo cual dudo que sea jamás posible, á causa de la falta de material objetivo), sin embargo, he podido hacerlo en algunas ocasiones, que si bien han sido pocas con relación á la totalidad de las experiencias, no obstante han

sido bastante numerosas en sí. Podría argüirse, como se ha hecho en casos semejantes, que todo esto es simplemente reducir á la objetividad subjetiva la dramatización imaginativa de hechos de antemano conocidos, ya por experiencia personal, ya por relación oída ó por lectura hecha de modo normal ó de pasada, los cuales habian traspuesto el vestibulo de la conciencia, sea de los videntes mismos, sea de alguno de sus oyentes, y aún podría ser alguna permutación ó combinación de todo esto. Pero semejante explicación resulta muy deficiente para quien, como yo, ha transcrito, trabajosamente dictados, pasajes de manuscritos tales, como algunos redactados en unciales griegas arcaicas, y cuyo contenido, á lo que entiendo, nadie conoce hasta el presente. Estos pasajes me fueron dictados con trabajo y letra por letra por un amigo cuyo aprendizaje de la lengua griega apenas si habia llegado al alfabeto. Con frecuencia dejábamos claros para ciertas formas de letra, que mis colegas y yo mismo desconocíamos entonces; estos claros debían llenarse más tarde, cuando hecha la transcripción y separadas palabras y sentencias, resultaba un griego corriente cuyo original estoy tan seguro como es posible estarlo de las cosas que nos ofrecen absoluta confianza, que ni mi colega ni yo habíamos visto jamás físicamente. Además, he obtenido fechas ó informes por este método, que sólo he podido comprobar después á fuerza de una larga y paciente investigación, los cuales, estoy convencido, que nadie más que una persona de vastísima instrucción en la antigüedad clásica podía haber encontrado.

Tal es, brevemente expuesta, la índole de algunos de los hechos por mí mismo experimentados, y si bien á otros que no hayan tenido ocasión de hacer tales experiencias les es permitido prescindir de ellas, yo no puedo hacerlo; y no sólo no puedo hacerlo personalmente, sino que además considero que procedo con mejor fe para con mis lectores poniéndoles en mi intimidad á propósito de este asunto, á fin de que se hallen en mejor situación para apreciar la fuerza ó la debilidad de mis opiniones preconcebidas ó prejuicios, al tratar de este excesivamente interesante problema.

Así, pues, se verá desde el principio, que no puedo rechazar *á priori* la validez de los llamados métodos ocultos de investigación; la realidad de mis repetidas experiencias aparece delante de mí rehusándome el dejarme llevar por cualquier gesto de

desdén ó de impaciencia. Esto no es decir que porque en algunas ocasiones haya podido comprobar la verdad de los asertos de mis colegas, está justificado el que acepte yo confiadamente todos los demás. De su buena fe no puedo dudar, pero acerca de la naturaleza de su modo de «ver» me encuentro en la más completa ignorancia. Que se trata de una facultad más sutil que la de la vista ó la memoria y hasta que de la imaginación en su estado ordinario, estoy bien seguro; pero que se confíen aparentemente á unos pocos favorecidos, y esto, además, casi repentinamente, medios de conocimiento *infalibles*, que reducen los resultados del trabajo infatigable de los más laboriosos sabios ó historiadores á las proporciones más ínfimas, no es cosa que me halle, por ahora, muy dispuesto á aceptar. Más científico parece suponer que en la misma proporción de sorprendente exactitud que puede á veces lograrse por medio de estos métodos sutiles de investigación, pueden también surgir errores igualmente grandes.

Y á la verdad, esto es lo que se desprende, no sólo de la lectura de la poco estudiada pero enorme literatura sobre semejantes asuntos, tanto de la antigüedad como de nuestros tiempos, sino también de las repetidas declaraciones de aquellos de mis propios colegas que han tratado de prepararse para un verdadero empleo científico de semejantes facultades. Todos ellos afirman que su gran objetivo es eliminar, en lo posible, el factor personal; pues si, por decirlo así, el cristal de su materia mental, por medio del cual tienen que ver, no está lo más perfectamente pulimentado y ajustado, todas las cosas que se ven son borrosas ó desnaturalizadas en las formas más fantásticas. Este «cristal» es en sí de una naturaleza sutilísima, lo más plástica y protea; cambia, á cada deseo que surge, con cada esperanza ó temor que se despierta, con cada prejuicio ú opinión que se concibe, con cada impulso de amor ú odio que se siente.

Tales factores no son descuidados por mis colegas, sino que más bien los tienen muy en cuenta. Pero siendo esto así, es evidente que es muy difícil conseguir un criterio seguro de exactitud en investigación de tal sutileza, ni aun para el vidente experto, que está dispuesto á someterse á la más estricta disciplina; al paso que aquellos de entre nosotros que no hemos desarrollado estos sentidos internos, pero que deseamos llegar á un criterio firme de la verdad, y que además juzgamos que esto es

cosa ajena á toda sensación, tenemos que contentarnos con poner en juego toda nuestra facultad de crítica en la materia que nos es asequible, y sacar todo el partido que podamos de ella antes de abandonar el asunto á la «revelación».

Ni es tampoco irreligiosa esta actitud nuestra; pues, si ponemos alguna razón en nuestras creencias, hemos de sostener que al obrero no se le exige sino que trabaje con sus propias herramientas. Empleando en sentido amplio una frase del *Gita*: no debe haber «confusión de castas», ó, empleando el lenguaje de una de las parábolas del Evangelio: un hombre debe usar lo mejor posible el «talento» que se le ha confiado y, si hace esto, no puede exigírsele más por el momento. Todos tenemos, cada cual á su modo, que trabajar por el bien común; pero á un trabajador, cuya profesión sea la investigación histórica objetiva, difícilmente se le confían también los instrumentos de la videncia, al paso que es de suponer que el vidente no dedique su vida á la crítica histórica. No hay duda sino que algunos reciben dos ó más talentos de distinta naturaleza, pero hasta ahora no hemos encontrado en nuestro tiempo la coincidencia, que sería de desear, de un cumplido vidente que á la vez sea un crítico histórico.

Cada uno de nosotros debe, pues, trabajar á su modo por el bien, esperando que si al presente empleamos nuestra particular facultad como es debido, y resultamos servidores útiles, podremos en el porvenir ser dueños de dos ó hasta de más «ciudades», y de este modo (adaptando las palabras de un agraphon famoso) habiendo probado ser dignos de los (misterios) «menores» podrá concedérsenos la oportunidad de demostrar nuestra fidelidad en los «mayores».

Habiendo, pues, expuesto, á modo de prefacio, estas breves consideraciones sobre la naturaleza de los métodos de investigación empleados por aquellos cuyas declaraciones han puesto recientemente sobre el tapete esta cuestión en ciertos círculos, procederemos ahora á enumerar los diversos depósitos de material objetivo que deben examinarse y analizarse antes que nuestro pensamiento, acostumbrado al estudio histórico y á la madura consideración de los testimonios, pueda hallarse en situación de estimar, aunque no sea sino aproximadamente, el valor relativo de las diversas tradiciones.

Tenemos, pues, en primer lugar, que considerar la tradición

cristiana, aparentemente consistente y sin interrupción (de que Jesús nació en el reinado de Herodes y fué muerto bajo Poncio Pilatos), y echar una ojeada sobre el material de origen pagano que, según se pretende, confirma esta tradición; y en segundo lugar, debemos trabar conocimiento con los relatos del Talmud sobre Jeschu, que se atribuyen el cargo de fieles guardadores de las tradiciones de la historia de Jeschu y época en que vivió (una de cuyas tradiciones confirma los cien años antes de nuestra Era), pero los cuales se hallan en completa discordancia, bajo todos conceptos, con el relato cristiano; debemos, además, investigar las leyendas judías medievales, basadas en su mayor parte en fuentes talmúdicas, pero que también, en cierta forma, retienen el elemento cristiano de la fecha de Herodes. En la segunda parte de nuestro tratado, sin embargo, será necesario que, como prefacio de la investigación, hagamos algunas consideraciones sobre el origen, desarrollo, historia y naturaleza del Talmud mismo.

Nadie reconoce como yo mismo que hay otros con más elementos y más competencia para discutir estas difíciles cuestiones. Pero visto que no se ha escrito sobre el asunto libro alguno fácilmente accesible para la generalidad de los lectores, puede perdonárseme que me presente en la arena, no con la pretensión de descubrir hechos hasta ahora ignorados de los especialistas, sino con la muy modesta ambición de exponer el asunto bosquejado á aquellos que por si no pueden obtener informes, y de señalar algunas de las dificultades que se presentan á los que estudian los trabajos de los especialistas, con la esperanza de que algún entendimiento superior al mío se sienta movido, en no remota fecha, á arrojar mayor luz sobre la cuestión.

Finalmente, puesto que al tratar de las narraciones del Jeschu judío me veré forzado á referirme á muchas cosas que son excesivamente desagradables á los amantes de Jesús, y que generalmente en el curso del total de la investigación habrá que considerar muchas fuentes que son objeto de la más violenta controversia, debo manifestar que de muy buena gana lo evitaría á serme posible. Pero una necesidad mayor que todos los gustos personales me obliga á presentar el asunto tal como es. Se nos dice que solo la verdad puede libertarnos, y el amor á ella nos impone algunas veces la obligación de tratar asuntos que nos son odiosos. Pocas cosas pueden serme más desagradables que

ser el medio, aunque indirecto, de causar pena á los amantes sinceros de un gran Maestro, pero las exigencias de la investigación respecto al problema de si vivió Jesús cien años antes de la Era cristiana, envuelve, en primer término, la discusión de los relatos del Jeschu judío, y es, por tanto, imposible el omitirlos.

G. R. S. MEAD.



MAGNETISMO ANIMAL Y MAGIA -

(Continuación).

Lo que ha modificado hoy en día en Alemania el juicio de los doctos acerca de la magia, no es tan sólo el magnetismo animal, sino también el que haya sido preparada en sus más profundas bases esa variación de criterio por la transformación aportada por Kant á la filosofía, que es lo que en este, lo mismo que en otros respectos, establece una diferencia fundamental entre la cultura alemana y las demás de Europa.

Para poder sonreirse de anticipado al oír hablar de simpatía secreta ó de acción mágica, es preciso hallar al mundo por completo comprensible, cosa que no cabe le suceda más que á aquel que lo mira con superficial mirada, sin sospechar siquiera que estamos sumidos en un mar de enigmas y de incomprensibilidades, y que no conocemos inmediatamente á fondo las cosas ni á nosotros mismos. La opinión opuesta á ésta es la que hace precisamente que casi todos los grandes hombres, independientemente de tiempo y nacionalidad, hayan tenido un cierto tinte de supersticiosos. Si nuestro modo natural de conocer fuera tal que nos procurase inmediatamente las cosas en si y, por lo tanto, relaciones absolutamente verdaderas de las cosas y sus respectos, estaríamos autorizados á rechazar *à priori* é incondicionalmente, por consiguiente, toda presciencia del futuro, todas las apariciones de ausentes ó de moribundos, ó aun de difuntos, y toda influencia mágica. Mas si, como enseña Kant, lo que conocemos no es más que meros fenómenos, cuyas formas y leyes

no se extienden á las mismas cosas en sí, es evidentemente precipitado rechazar tales fenómenos, puesto que se apoya el tal rechazo en leyes cuya aprioridad se limita á los fenómenos, quedando fuera de ellas las cosas en sí, á que tiene también que pertenecer nuestro propio yo interno. Y son estas precisamente, las cosas en sí, las que pueden tener con nosotros relaciones de que broten los citados procesos, sobre que hay que esperar decisión *à posteriori*, sin anticiparnos á ella. El que los ingleses y franceses se obstinen en rechazar *à priori* la autenticidad de tales procesos, depende de que están todavía en lo esencial sometidos á la filosofía lockiana, según la cual no conocemos la cosa en sí más que por la impresión sensible y sacándola de ésta, teniéndose, en consecuencia, por incondicionadas las leyes del mundo material y sin hacer valer otra que el *influxo físico*. Creen, por lo tanto, en una física, pero no en metafísica alguna, y no estatuyen otra magia más que la llamada «magia natural», expresión que encierra la misma *contradictio in adiecto* que «física sobrenatural», á pesar de lo cual empléasela en serio innumerables veces, y á esta otra expresión una sola vez, y ella en broma, por Lichtenberg. El pueblo, por el contrario, con su siempre pronta fe en influencias sobrenaturales en general, expresa á su modo, aunque sólo sea sentida, la convicción de que lo que percibimos y comprendemos no son más que fenómenos y no cosas en sí. Y para que no se me diga que esto es ya demasiado, voy á transcribir aquí un pasaje del *Fundamento de la metafísica de las costumbres de Kant*. Dice así: «Hay una observación que no exige de sutil meditación, sino que puede hacerla el entendimiento más vulgar, si bien á su manera, mediante una oscura distinción del juicio, que llama él sentimiento, y es la tal observación la de que todas las representaciones que nos ocurren sin nuestra voluntad (como las de los sentidos) no nos dan á conocer los objetos más que como nos afectan, quedándonos desconocido lo que puedan ser en sí, y que por lo que á este género de representaciones hace, ni aun con la mayor atención y claridad que demos al entendimiento, logramos alcanzar más conocimiento que el de los *fenómenos* y jamás el de las *cosas en sí*. Una vez hecha esta distinción, síguese que hay que aceptar detrás del fenómeno alguna otra cosa que no es ya fenómeno, ó sea la cosa en sí.»

Si se lee la historia de la magia, escrita por Tiedemann,

bajo el título de *Disputatio de quaestione, quae fuerit artium magicarum origo*. Marb, 1878, obra premiada por la Sociedad de Gotinga, asómbrase el que la lea de la perseverancia con que, á pesar de tantos contratiempos, ha proseguido la Humanidad en todo tiempo y lugar los pensamientos de la magia, infiriéndose de aquí que tiene que haber para ello una profunda razón, por lo menos en la naturaleza humana, si es que no en las cosas en general, sin que pueda ser un capricho arbitrario. Aunque discrepan los escritores al dar la definición de magia, no cabe desconocer su pensamiento fundamental. En todos los tiempos y en los pueblos todos ha dominado la idea de que fuera del arte regular de producir alteraciones en el mundo mediante el nexo causal de los cuerpos, ha debido haber otro enteramente distinto de él, que no repose en el nexo causal; de donde resulta que aparecen patentemente absurdos sus medios, si se los concibe en el sentido del primer arte, en cuanto salta á los ojos la disconformidad de la causa aplicada respecto al efecto que se busca y lo imposible del nexo causal entre ellos. Solo que la presuposición que aquí se hacía era la de que fuera del enlace externo, debida al *nexum physicum*, entre los fenómenos de este mundo, tenía que existir otro, extensible por la esencia en sí á todas las cosas y á la vez un enlace subterráneo, gracias al cual se pudiera obrar desde un punto del mundo fenoménico inmediatamente sobre otro cualquier punto de él, por un *nexum metaphysicum*; que, por lo tanto, debía ser posible una acción sobre las cosas ejercidas desde dentro, en vez de la ordinaria desde fuera, una acción del fenómeno sobre el fenómeno, merced á la esencia en sí, que es una y la misma en todos ellos; que así como somos causales en cuanto *natura naturata*, debemos también ser capaces de una acción en cuanto *natura naturans*, y que por el momento podíamos hacer valer al microcosmo como macrocosmo; que por muy sólidas que sean las barreras de la individuación y su separación del resto, habían de permitir en ocasiones una comunicación por detrás de las bambalinas, ó por debajo de la mesa, como juego familiar; y que así como en la clarividencia sonambúlica se da una supresión del aislamiento del conocer, podría también suprimirse el aislamiento individual de la voluntad. Semejantes ideas no pueden haber nacido empíricamente, ni puede ser su confirmación por la experiencia lo que las haya mantenido en todos los pueblos durante los tiem-

pos todos, puesto que en la mayoría de los casos ha de haberle sido adversa la experiencia. Opino, por tanto, que hay que ir á buscar muy en lo hondo el origen de esa idea tan universal en Humanidad toda, y tan inextinguible á pesar de oponérsele tanto la experiencia y de ser opuesta al sentido común y creo que ese origen está en el íntimo sentido de la omnipotencia de la voluntad en sí, de aquella voluntad que es la esencia íntima del hombre y á la vez de la Naturaleza toda, y en la presuposición consiguiente á tal sentido, de que la tal omnipotencia puede hacerse valer por el individuo, por lo menos una vez y de algún modo. No había nadie capaz de investigar y discernir qué es lo que podía ser posible á esa voluntad como cosa en sí, y qué como fenómeno individual; sino que se suponía sin más, que podía en ciertas circunstancias romper los diques de la individuación, pues aquel sentido contrariaba constantemente á la noción sacada de la experiencia de que, como dijo el poeta, «el Dios que habita en mi seno puede remover profundamente mis entrañas; pero el entronizado sobre mis fuerzas todas nada puede mover hacia fuera».

Conforme á las ideas fundamentales que acabamos de exponer, en todos los ensayos de magia no se ha tomado el medio físico empleado más que como vehículo de algo metafísico, puesto que por lo demás, era evidente que tenía relación alguna con el efecto propuesto. Tales medios eran palabras extrañas, actos simbólicos, figuras dibujadas, imágenes de cera, etc. Y conforme á aquel sentimiento originario vemos que lo transmitido por tales vehículos era siempre, en fin de cuenta, un acto de la voluntad, que se anudaba á él. La naturalísima ocasión de esto era el que se advertía á cada momento en los movimientos del propio cuerpo un influjo de la voluntad, completamente inexplicable, y por lo tanto claramente metafísico, y ¿no había de poder extenderse esto á otros cuerpos? Hallar el camino para suprimir el aislamiento en que se halla la voluntad en cada individuo logrando así un ensanche de la esfera inmediata de la voluntad sobre el cuerpo propio del que quiere, tal era el propósito de la magia.

Faltaba, sin embargo, mucho para que hubiese llegado á clara conciencia, reconociéndola *in abstracto*, esa idea fundamental de donde parece haber brotado propiamente la magia, y mucho, por lo tanto, faltaba para que la magia se hubiese dado

cuenta de sí misma. Tan sólo en algunos escritores, pensadores y doctos de más antiguos siglos hallamos—como podría probarlo con citas—la clara idea de que estriba en la *voluntad* misma la fuerza mágica, y de que los signos y actos extravagantes, juntamente con las palabras sin sentido que los acompañan y que sirven de medio de conjuro para los demonios, no son más que meros vehículos y medios fijativos de la *voluntad*, mediante los cuales el acto volitivo, que ha de obrar mágicamente, deja de ser un mero deseo y se hace acto, recibe un *cuerpo* (como dice Paracelso), entregándosele en cierto modo la exposición expresa de la voluntad individual, que hace valer como voluntad en general ó voluntad en sí. Pues en todo acto mágico, cura simpática ó lo que fuese, la acción externa (el medio unitivo) es precisamente lo que en el magnetizar son los pases, no lo esencial, sino el vehículo, aquello por lo cual la voluntad, que es el único agente propiamente tal, recibe su dirección y fijación en el mundo corpóreo y entra en la realidad, siendo por esto imprescindible por lo común. En los demás escritores de aquellos tiempos lo único que aparece asentado, correspondiendo á aquella idea fundamental de la magia, es el fin de lograr mediante el albedrío un dominio absoluto sobre la Naturaleza. Pero no podían elevarse á la idea de que hubiese de ser inmediato tal dominio, sino que lo imaginaban como *mediato*, puesto que las religiones de los pueblos habían puesto por donde quiera á la Naturaleza bajo el señorío de dioses y demonios. Y ahora bien; el doblegar á éstos á voluntad, el moverlos y aun obligarlos á que se pongan al servicio del hombre, era el servicio del mágico, atribuyendo á él cuanto pudiese alcanzar; precisamente lo mismo que Mesmer atribuyó en un principio el éxito de su magnetización al imán ó barra magnética que llevaba en las manos, en vez de atribuírselo á su voluntad, que era el verdadero agente. Así se tomó la cosa en todos los pueblos politeístas y así entendían la magia, como *teurgias* Plotino y especialmente Yámblico, expresión esa de teurgia empleada primero por Porfirio. Tal interpretación era favorable al politeísmo, esta aristocracia divina, en cuanto divide el señorío sobre las diversas fuerzas de la Naturaleza entre sendos dioses y genios que, por lo menos en su mayor parte, no eran nada más que fuerzas naturales personificadas, y de entre las cuales se ganaba el mágico ó hacía que se pusieran á su servicio á ésta ó á aquella. Pero en la monar-

quía divina, en que obedece la Naturaleza toda á uno solo, habría sido idea demasiado osada la de entrar en comercio privado con él, ó la de querer ejercer sobre él señorío alguno. De aquí el que donde dominaron el judaísmo, el cristianismo ó el islam, salió al paso de esa interpretación la omnipotencia del Dios único, con lo que no podía atreverse el mágico. No le quedó, pues, más recurso que refugiarse en el diablo, rebelde ó descendiente inmediato de Arimán, á quien seguía concediéndose algún poder sobre la Naturaleza, y con el cual cerraba trato, asegurándose así de su ayuda. Tal era la «magia negra». Su opuesta, la blanca, era aquella en que el encantador no se amistaba con el diablo, sino que buscaba el permiso y aun la cooperación del Dios único, por intersección de los ángeles y más á menudo nombrando los extraños nombres y títulos hebraicos del mismo, como Adonai, etc., evocaba á los diablos y los reducía á obediencia, sin prometerles nada por su parte, lo cual era una victoria sobre el infierno (v. Del Río, *Disq. mag.* lib. II, q. 2. *Agrippa a Nettesheym de vanit. scient.* c. 45). Pero hasta tal punto se tomaba por la esencia de la cosa y como procesos objetivos estas meras interpretaciones y vestiduras de ella, que todos los escritores que no conocían la magia por propia práctica, sino de segunda mano, como Bodino, Del Río, Bindsfeldt, etc., determinan su esencia diciendo que es un obrar, no por fuerzas ni por vías naturales, sino con ayuda del demonio. Esta era y sigue aún siendo en donde quiera la opinión corriente, modificada localmente según las religiones de cada país; fué el fundamento de las leyes contra los encantamientos y de los procesos contra las brujas; é igualmente se dirigían por lo regular contra ella las objeciones á la posibilidad de la magia. Semejantes concepción é interpretación *objetivas* de la cosa tenían, empero, que producirse necesariamente, á causa del decidido realismo que reinaba en Europa, tanto en la antigüedad como en la Edad Media, realismo quebrantado por vez primera por Descartes. Hasta éste no había aún aprendido el hombre á dirigir su especulación á las misteriosas profundidades de su propio interior, sino que buscaba todo fuera de sí. Y el hacer señora de la Naturaleza á la voluntad, á la que halló en sí mismo, era una idea tan atrevida, que se hubiera chocado de querer establecerla, por lo cual se la hacía señora de fingidos seres, á que la superstición dominante atribuía poder sobre la Naturaleza, para lograr así hacer á aquella due-

ña, siquiera mediata de ésta. Por lo demás, los demonios y dioses de todo género son siempre hipóstasis⁽¹⁾, mediante las cuales los creyentes de toda secta y tinte se hacen concebible lo *metafísico*, lo que está *detrás* de la Naturaleza, y participantes de su existencia y constitución y dominadores por lo tanto. Así, pues, cuando se dice que la magia obra con ayuda de los demonios, el sentido que sirve de base á esta idea es siempre el de que es una acción no por vía física, sino *metafísica*, no natural, sino sobrenatural. Si reconocemos, pues, en lo poco real y efectivo que habla en favor de la realidad de la magia es, á saber, en el magnetismo animal y las curas simpáticas, no otra cosa más que una inmediata acción de la voluntad, que exterioriza aquí su fuerza inmediata fuera del individuo volitivo, como en todos los demás casos dentro de él; y si vemos que, como he mostrado y probado con citas decisivas y nada ambiguas, que todos los profundamente iniciados en la antigua magia no derivaban sus afectos todos de otra cosa más que de la voluntad, resultará un ejemplo vivamente empírico de mi doctrina de que lo metafísico en general, lo único existente fuera de la representación, la cosa en sí del mundo, no es más que lo que conocemos en nosotros con el nombre de *voluntad*.

Ahora bien; si aquellos mágicos creían que el dominio inmediato que á las veces puede ejercer la voluntad sobre la Naturaleza, es un dominio meramente mediato, con ayuda de los demonios, no podía esto ser obstáculo alguno á su acción donde quiera y cuando quiera que pudiese verificarse. Pues precisamente por ser en cosas de este género activa la voluntad en sí, en su originalidad y separada, por lo tanto, de la representación, no pueden invalidar su acción falsos conceptos del intelecto, sino que se separan aquí la teoría y la práctica, sin que la falsedad de aquélla sea óbice á ésta, ni capacite tampoco para la práctica una exacta teoría. Mesmer atribuyó en un principio su acción á la varita magnética que llevaba en la mano, explicando la maravilla del magnetismo animal por una teoría materialista, por un fino flúido que penetra en todo, sin que á pesar de tal doctrina dejase de obrar con asombroso poder. He conocido á un propietario rural cuyos colonos estaban acostumbrados desde antiguo á que les expulsara el señor amo los accesos de fiebre con un conjuro, y aunque estaba convencido de la imposibilidad de todas las cosas de este género, hacía, por su natu-

(1) Del griego = producir, crear. Supuesto ó persona.

ral bondadoso, según la tradicional manera, lo que los aldeanos querían, y á menudo con éxito favorable, atribuyéndolo á la firme confianza de sus colonos y sin ocurrírsele que semejante confianza debía hacer que obtuviese resultado la á menudo inútil medicina en muchos enfermos muy confiados.

Ahora bien; aun cuando la teurgia y la demonomagia eran mera interpretación y vestidura de la cosa, mera corteza en que se quedaban los más, no por eso han faltado gentes que, mirando á lo hondo, hayan reconocido muy bien que lo que obraba en algunos influjos mágicos no era otra cosa que la *voluntad*. Mas no hemos de buscar á éstos que vieron hondo entre los que se presentaron extraños y hasta hostiles á la magia, que son precisamente los autores de los más de los libros acerca de ella; son gentes éstas que no conocen la magia más que por los tribunales y la audición de testigos; que no describen, por lo tanto, más que el lado exterior de ella, y que hasta se callan prudentemente los procedimientos peculiares que les fueron tal vez confesados, para no extender el repugnante vicio de la brujería. De esta clase son Bodino, Del Río, Bindsfeldt y otros. Adonde tenemos que ir á buscar conclusiones acerca de la esencia propia de la cca es á los filósofos y naturalistas de aquellos tiempos de superstición reinante. De su manera de expresarse surge lo más claramente posible que en la magia, enteramente lo mismo que en el magnetismo animal, el agente propio no es otro que la *voluntad*. Para probarlo tengo que aducir algunas citas.

Ya Rogelio Bacon, en el siglo XIII, dice: «... Porque, además, si algún alma maligna piensa fuertemente en la infección de otra, y la desea con ahinco, tendiendo á ella segura de su éxito, y considerando con vehemencia que puede dañar, no hay duda de que la naturaleza obedezca á los pensamientos del alma.» (S. Rogeri Bacon. *Opus Mains*. Londini, 1733, pág. 252.) Pero quien especialmente da explicaciones acerca de la esencia íntima de la magia, como pueda darlas otras, sin temor de describir sus procedimientos, es Teofrasto Paracelso. Dice, entre otras cosas: «Notamos semejante cosa en las imágenes de cera; así, si llevo en mi voluntad enemistad contra otro, tiene que cumplirse por un *medium*, esto es, un *cuerpo*. Es, pues, posible que mi espíritu, sin ayuda de mi cuerpo, dé ó hiera á otro con mi espada, gracias á mi *interior deseo*. Es también posible que por mi *voluntad* reduzca el espíritu de mi adversario á la imagen

y le atormente y martirice allí á mi sabor... Debéis saber que la eficacia de la *voluntad* es un gran punto en la Medicina. Pues es posible que á uno que no se desee nada bueno y se odie á sí mismo, le sobrevenga aquello, maldiciéndose así, porque la maldición viene por orden del espíritu. Es, pues, posible conjurar á las imágenes en enfermedades, etc... Consíguese también tal efecto sobre las reses, y más fácilmente en ellas que en los hombres; pues el espíritu del hombre se defiende mejor que el de las bestias...» «De aquí se sigue que una imagen embruja á otra, no gracias á la fuerza del carácter ó cosa parecida, por cera virgen, sino que la imaginación vence á su propia constelación, que se hace un medio para cumplir la voluntad de su cielo, es decir, de su hombre.» «Todo imaginar del hombre viene del corazón; el corazón es el sol en el microcosmo. Y todo imaginar del hombre va desde el pequeño sol del microcosmo al sol del gran mundo, corazón del macrocosmo. Así, pues, es la imaginación del microcosmo una semilla, que se materializa, etc...» «Os es bastante sabido lo que hace la firme imaginación, que es un principio de toda obra mágica.» «Así también mi pensamiento es visión de un fin. Ahora bien; puedo no volver el ojo con mis manos allí, sino que mi imaginación vuelve lo que yo quiero. Y así ha de entenderse también del andar; lo deseo, me lo propongo, y se mueve mi cuerpo, y, cuanto más rápido mi pensamiento, corro con mayor rapidez. No es, pues, más que la imaginación la motora de mi carrera.» «Una imaginación que se emplee contra mí, puede emplearse tan vigorosamente que pueda morirme por la imaginación de otro.» «La imaginación sale del deseo y el apetito; el deseo da envidia, odio, pues tienes deseo en que no prosperen. Y si tienes deseo se sigue la obra de la imaginación. Este deseo tiene que ser tan rápido, ávido, vehemente como el de una mujer embarazada, etc... Una maldición común resulta comúnmente verdadera; ¿por qué?, porque sale del corazón, y en el salir del corazón está y se produce la semilla. Las maldiciones paternas y maternas salen también del corazón. La maldición de los pobres es también imaginación, etc. La maldición del preso, no más que imaginación; tampoco sale del corazón... Así, pues, si uno quiere herir ó dañar á otro con su imaginación, tiene primero que atraerse la cosa ó instrumento, pudiendo entonces imprimírsela, pues lo que viene se puede emitir de nuevo por el pensamiento como si fuese con las manos... Las mujeres

sobrepujan á los hombres en tales imaginaciones... por ser más acendradas en la rabia.» «La magia es una gran sabiduría oculta, así como la razón es una gran locura pública... Contra el hechicero no sirve armadura alguna, pues hiere al hombre interior, al espíritu de la vida... Algunos hechiceros hacen una imagen en figura de un hombre en quien piensan, y le clavan una aguja en las plantas; el hombre queda invisiblemente herido y estropeado, hasta que se le saca la aguja.» «Hemos de saber que, sólo por la fe y nuestra fuerte imaginación, podemos reducir á una imagen (figurilla) el espíritu de un hombre... No se necesita conjuro alguno, sin que sean más que juegos de manos y seducciones las ceremonias, círculos, el quitar las ramas de un árbol, los sellos, etc... Se hacen *homunculos* y figurillas, etc... y en ellas se cumplen todas las operaciones, fuerzas y voluntades de los hombres... Gran cosa es el ánimo del hombre, cosa que nadie puede expresar, como Dios mismo es eterna é imperecedera el alma humana. Si conociéramos bien los hombres nuestras almas, no habría nada imposible para nosotros en la tierra... La perfecta imaginación, que viene de los astros, nace en el alma.» «La imaginación se confirma y completa por la fe de que suceda verdaderamente; pues cualquier duda quebranta la obra. La fe debe corroborar á la imaginación, porque la fe refuerza á la voluntad... Pero el que el hombre no imagine siempre perfectamente ni crea perfectamente, hace que haya que llamar inciertas á las artes, por muy seguras que sean.» Como aclaración de este último pasaje puede citarse otro de Campanella, en su libro *De sensu rerum et magia*, en que dice: «Hacen otros que el hombre no pueda yacer con mujer con sólo que lo crea; pero no cabe hacer el que pueda lo que no crea poder.» (Lib. IV, cap. 18.)

A. SCHOPENHAUER.

(Concluída).



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(CONTINUACIÓN)

«SEMEJANTE cobra—dijo el buni—se parece á un brahman, a un brahman dwija entre Shudras: todos le obedecen. Existe, además, un sapo venenoso que también posee algunas veces esta piedra, pero sus efectos son mucho más débiles. Para destruir el efecto del veneno de una cobra tenéis que aplicar la piedra del sapo, no más tarde de dos minutos después de la mordedura; pero la piedra de una cobra es eficaz hasta el último momento. Su poder curativo es seguro mientras el corazón del hombre mordido no haya cesado de latir.»

Al decirnos adiós, el buni nos aconsejó que guardásemos la piedra en un sitio seco y que tuviésemos cuidado de no dejarla nunca cerca de un cadáver, así como también de esconderla durante los eclipses de sol y de luna, porque de otro modo—dijo—, perdería su poder. En caso de mordedura de un perro rabioso, debíamos poner la piedra en un vaso de agua y dejarla en él durante la noche; á la mañana siguiente el enfermo debía beber el agua y olvidar todo peligro.

«¡Es un verdadero demonio y no un hombre!»—exclamó nuestro coronel, así que el buni hubo desaparecido en su camino hacia el templo de Shiva, donde, dicho sea de paso, no fuimos admitidos.

«Tan simple mortal como vos ó como yo»—observó el rajput con una sonrisa—, «y lo que es más, es muy ignorante. La verdad es que ha sido educado en una pagoda shivaita, como todos los verdaderos encantadores de serpientes. Shiva es el dios patrono de las serpientes, y los brahmanes enseñan á los bunis á hacer toda clase de triquiñuelas magnéticas por métodos empíricos, sin explicarles nunca los principios teóricos, sino asegurándoles que Shiva se halla tras de cada fenómeno; de suerte que los bunis atribuyen sinceramente á su dios el honor de sus milagros.»

«El gobierno de la India ofrece una recompensa por un antídoto del veneno de la cobra. ¿Por qué no la reclaman los bunis en lugar de dejar que perezcan miles de personas miserablemente?»

«Los brahmanes jamás lo permitirían. Si el gobierno se tomase el trabajo de examinar cuidadosamente la estadística de las muertes causadas por las serpientes, se vería que *ningún hindu de la secta shivaita* ha muerto jamás de la mordedura de una cobra. Ellos dejan que mueran las gentes de otras sectas, pero salvan á los individuos de la suya propia.»

«Pero, ¿no hemos visto cuán fácilmente se desprendió de su secreto, á pesar de ser nosotros extranjeros? ¿Por qué no habían de comprarlo los ingleses con la misma facilidad?»

«Por qué este secreto es completamente inútil en manos de los europeos. Los hindus no tratan de ocultarlo, porque están perfectamente seguros de que sin su ayuda nadie puede emplearlo. La piedra solo puede tener sus asombrosos poderes cuando ha sido cogida de una cobra viva. Para poder coger la serpiente sin matarla, tiene que ser aletargada, ó si preferís el término, *encantada*. ¿Quién de entre los extranjeros puede hacer esto? Aun entre los hindus, no encontraréis un solo individuo en toda la India que posea este antiguo secreto, á menos que sea un discípulo de los brahmanes shivaitas. Solamente los brahmanes de esta secta poseen el monopolio del secreto, y esto ni siquiera todos ellos, sino—para decirlo de una vez—solamente aquellos que pertenecen á la escuela pseudo-Patanjãli, llamados ordinariamente ascetas Bñuta. Ahora bien, existen esparcidas en toda la India una media docena de sus escuelas-pagodas, y sus moradores se desprenderían antes de sus vidas que de su secreto.»

«Hemos pagado solo dos rupias por un secreto que resultó tan potente en las manos del coronel como en las del buni. ¿Es, pues, tan difícil procurarse una partida de estas piedras?

Nuestro amigo se echó á reír.

«Dentro de pocos días—dijo—el talismán perderá todo su poder curativo en vuestras inexpertas manos. Esta es la razón por qué lo cedió á tan bajo precio, con el cual estará ahora, probablemente, haciendo algún sacrificio ante el altar de su deidad. Garantizo una semana de actividad á vuestra compra, pero después de este tiempo sólo servirá para tirarla por la ventana.»

Pronto experimentamos cuánta verdad había en estas palabras. Al siguiente día encontramos una niña mordida por un escorpión verde. Parecía estar en las últimas convulsiones. Tan pronto le aplicamos la piedra, la niña pareció aliviarse, y una hora después estaba jugando alegremente; mientras que en el caso de la picadura de un escorpión común negro, el paciente sufre durante dos semanas. Pero cuando diez días después experimentamos de nuevo la piedra en un pobre culie, que acababa de ser mordido por una cobra, ni tan siquiera se pegó á la herida, y el pobre diablo murió al poco rato. No me encargo de hacer una defensa ni de dar una explicación de las virtudes de la «piedra». Espongo sencillamente los hechos y dejo la suerte futura de este relato á su propia ventura. Los escépticos pueden pensar lo que quieran. Sin embargo, podría fácilmente encontrar gente en la India que atestiguase de mi exactitud.

Relacionado con esto me contaron una historia cómica: Cuando el doctor (ahora Sir J.) Fayrer publicó recientemente su *Thanatophidia*, un libro sobre las serpientes venenosas de la India, obra muy conocida en toda Europa, declaró categóricamente en ella su incredulidad sobre los maravillosos encantadores de serpientes de la India. Sin embargo, unos quince días después de la aparición de su libro entre los anglo-indios, una cobra mordió á su propio cocinero. Un buni, que por allí pasaba, se ofreció gustoso á salvar la vida á este hombre. Dicho se está que el célebre naturalista no podía aceptar semejante oferta. No obstante, el mayor Kelly y otros oficiales le instaron para que permitiese el experimento. Declarando que, á pesar de todo, su cocinero no vivirla una hora más, prestó su consentimiento. Pero sucedió que antes que transcurriese la hora, el cocinero estaba tranquilamente preparando la comida en la cocina, y se añade que el Dr. Fayrer pensó seriamente en arrojar su libro al fuego.

El día se hizo terriblemente caluroso. Sentíamos el calor de las rocas á pesar de nuestros zapatos de gruesas suelas. De otra parte, la curiosidad general que nuestra presencia despertaba, y la persecución nada ceremoniosa del a multitud, se hacían insoportables. Resolvimos volver «á casa», esto es, á la cueva fresca, á seiscientos pasos del templo, donde debíamos pasar la velada y dormir. No queríamos esperar más tiempo por nuestros compañeros hindus, que habían ido á ver la feria, y nos fuimos solos.

Al aproximarnos á la entrada del templo, nos llamó la atención la presencia de un joven de una belleza ideal, que se hallaba apartado de la multitud. Era un individuo de la secta sadhu, un «candidato á la santidad», usando la expresión de uno de nuestra partida.

Los sadhus difieren mucho de toda otra secta. Nunca se presentan sin vestidos, no se cubren de ceniza húmeda, no se pintan signos en sus caras ni frentes y no adoran ídolos. Pertenecen á la sección adwaita de la escuela vedantina y creen solamente en Parabraham (el gran espíritu). El joven parecía muy decente en su ligero vestido amarillo, una especie de bata de noche sin mangas; sus cabellos eran largos y tenía la cabeza descubierta. Su codo se apoyaba en el lomo de una vaca, la cual era de las que llamaban la atención, pues además de sus cuatro patas perfectamente formadas, tenía una quinta que salía de su giba. Esta sorprendente fantasía de la naturaleza usaba su quinta pata como si fuera una mano ó un brazo, cazando y matando las atormentadoras moscas y rascándose la cabeza con la pezuña. Al principio creímos que se trataba de una treta para llamar la atención, y hasta nos sentimos ofendidos, tanto con el animal como con su hermoso dueño; pero al aproximarnos, vimos que no se trataba de treta alguna, sino de una jugarreta real de la traviesa naturaleza. Por el joven supimos que la vaca le había sido regalada por el Maharaja Holkar, y que su leche había sido su único alimento desde hacía dos años.

Los sadhus son aspirantes al Raj-Yoga, y como he dicho antes, pertenecen generalmente á la escuela de la Vedanta, esto es, son discípulos de iniciados, que han abandonado por completo la vida del mundo, y que llevan una vida de castidad monástica. Entre los sadhus y los bunis shivaitas existe una enemistad mortal, que se manifiesta por un desprecio silencioso por parte de los sadhus, y por parte de los bunis, por constantes tentativas de barrer á sus rivales de la superficie de la tierra. Esta antipatía es tan marcada como entre la luz y las tinieblas, y hace recordar el dualismo del Ahura-Mazda y el Ahriman de los zoroastrianos. Masas de gente consideran á los primeros como á Magos, hijos del sol y del Principio Divino, al paso que los últimos son temidos como brujos peligrosos. Como habíamos oído relatos maravillosos acerca de los primeros, ardíamos en deseos de ver algunos de los «milagros» que se les atribuía aún por algunos ingleses. Invitamos con anhelo al sadhu á que visitara nuestro vihâra aquella tarde. Pero el hermoso asceta rehusó severamente, á causa de que nos hallábamos dentro del templo de los adoradores del ídolo, cuyo solo ambiente le resultaría antagónico. Le ofrecimos dinero, pero no quiso tocarlo, y así nos separamos.

Un sendero, ó más bien un borde cortado en la fase perpendicular de una masa rocosa de doscientos pies de altura, conducía del templo principal á nuestro vihâra. Se necesitan buenos ojos, pie seguro y una cabeza muy firme para evitar deslizarse por el precipicio al primer paso en falso. No había que pensar en ayudas, porque como el borde no tiene sino dos pies de ancho, nadie podía andar al lado de otro. Teníamos que marchar uno á uno, llamando en nuestra ayuda tan sólo á todo el valor de que somos capaces. Pero el valor de muchos de nosotros se había marchado con licencia ilimitada. La posición de nuestro coronel americano era la peor, pues era grueso y corto de vista, defectos que, unidos, le eran causa de frecuentes vértigos. Para sostener nuestro buen humor, nos pusimos á cantar en coro el dueto de *Norma*, «Moriám in sieme», cogiéndonos á la vez de las manos para asegurar el librarnos de la muerte, ó morir todos cuatro juntos. Pero el coronel no dejó de causarnos un susto mortal. Estábamos ya á la mitad del camino de la cueva, cuando dió un paso en falso, vaciló, soltó mi mano y rodó sobre el borde. Nosotros tres, teniendo que agarrarnos á las matas y piedras, estábamos por completo incapacitados para socorrerle. Un grito unánime de horror salió de nosotros, pero se extinguió al ver que había conseguido asirse al tronco de un pequeño árbol que crecía en la pendiente, á pocos pasos debajo de nosotros. Afortunadamente sabíamos que el coronel era un buen gimnasta y de gran sangre fría ante el peligro. Sin embargo, el momento era crítico. El débil tallo del árbol podía ceder en un momento. Nuestros gritos de socorro fueron contestados por la repentina aparición del misterioso sadhu con su vaca.

Marchaban tranquilamente á unos veinte pasos por debajo de nosotros, en una proyección tan invisible de la roca, que el pie de un niño hubiera encontrado con dificultad sitio en que apoyarse, y ambos caminaban tan tran-

quila y hasta descuidadamente, como si bajo sus pies hubiese una cómoda carretera en lugar de una roca vertical. El sadhu gritó al coronel que se tuviese firme, y á nosotros que nos estuviéramos quietos. Dió unas ligeras palmadas en el cuello de su vaca-fenómeno, y desató la cuerda con que la conducía. Luego con ambas manos le volvió la cabeza en nuestra dirección y restallando la lengua le gritó «chal» (anda). Con unos cuantos saltos de cabra montés el animal llegó á nuestro camino y se quedó inmóvil ante nosotros. En cuanto al sadhu, sus movimientos eran igualmente veloces y semejantes al del venado. En un momento llegó al árbol, ató la cuerda alrededor del cuerpo del coronel, y lo volvió á poner sobre sus pies; luego, subiendo más, lo levantó con un esfuerzo de su potente brazo hasta el camino. Nuestro coronel, pálido, volvió á encontrarse entre nosotros, habiendo perdido sus quevedos, pero no la presencia de ánimo.

La aventura, que había amenazado convertirse en tragedia, terminó en sainete.

¿Qué vamos á hacer ahora? — fué nuestra unánime pregunta—. «No podemos dejaros ir solo otra vez.»

«Dentro de un momento vendrá la obscuridad y estaremos perdidos» — dijo Mr. Y, el secretario del coronel.

Y verdaderamente, el sol se hundía tras el horizonte, y cada momento era precioso. Mientras tanto, el sadhu había vuelto á atar la cuerda al cuello de la vaca, y de pie ante nosotros en el sendero, no entendía, evidentemente, una palabra de nuestra conversación. Su alta y delgada figura parecía como suspendida en el aire sobre el precipicio. Su negro y largo cabello, flotando en la brisa, era lo único que mostraba que en el contemplábamos un ser vivo y no una magnífica estatua de bronce. Olvidando nuestro reciente peligro y nuestra presente embarazosa situación, Miss X — que era una artista de nacimiento, exclamó —: «¡Mirad la majestad de ese perfil puro; observad la postura de ese hombre; cuán hermosos son sus contornos sobre el firmamento dorado y azul. Se diría que era un Adonis griego y no un hindu!»

Pero el «Adonis» en cuestión puso un repentino fin á su éxtasis. Miró á Miss X. con ojos medio compasivos, medio sonrientes, y dijo con su resonante voz en hindu:

«Bara-Sahib no puede ir más lejos sin la ayuda de ojos ajenos. Los ojos de Sahib son sus enemigos. Monte el Sahib en mi vaca; ella no puede tropezar.»

«¿Montar yo en una vaca, y con cinco patas además? ¡Nunca!» — exclamó el pobre coronel, con un aire tan desconsolado, que todos soltamos la carcajada.

«Es mejor para el Sahib sentarse sobre una vaca que acostarse en una chitta», (la pira en que se queman los cadáveres) — observó el sadhu con modesta seriedad. — «¿Por qué llamar la hora que todavía no ha sonado?»

El coronel vió que el argumentar era por completo inútil, y conseguimos persuadirle á que siguiese el consejo del sadhu, quien cuidadosamente lo

colocó sobre el lomo de la vaca, y luego, recomendándole que se agarrase á la quinta pata, marchó de guía. Todos nosotros seguimos detrás como mejor pudimos.

Unos cuantos minutos después nos hallábamnos en la verandah de nuestro vihâra, donde encontramos á nuestros amigos hindus, que habían llegado por otro camino. Nos apresuramos á contarles todas nuestras aventuras, y luego buscamos al sadhu; pero en el interin había desaparecido juntamente con su vaca.

«No lo busquéis, se ha marchado por un camino sólo de él conocido — observó descuidadamente Gulab-Sing. — «El sabe que sois sincero en vuestra gratitud, pero no hubiera tomado vuestro dinero. Es un sadhu y no un buni» — añadió con orgullo.

Nos acordamos que se decía que este orgulloso amigo nuestro pertenecía también á la secta sadhu. «¿Quién sabe» — murmuró el coronel en mi oído — «si lo que nos han dicho es mera charlatanería ó la verdad?»

Sadhu-Nânaka no debe ser confundido con Guru-Nânaka, un jefe de los Sikhs. Los primeros son adwaitas y los últimos monoteistas. Los adwaitas sólo creen en una divinidad impersonal llamada Parabrahm.

En la sala principal del vihâra había una estatua de tamaño natural de Bhavani, el aspecto femenino de Shiva. Del seno de esta *devaki* surge el agua fresca y pura de un manantial de la montaña, la cual cae en un recipiente á sus pies. Alrededor había montones de ofrendas de flores, arroz, hojas de betel é incienso. Esta sala era, por consiguiente, tan húmeda que preferimos pasar la noche en la verandah, al aire libre, colgados, por decirlo así, entre la tierra y el cielo, y alumbrados desde arriba por la claridad de la luna llena. Arreglóse una cena á la moda oriental, sobre manteles extendidos en el suelo y con hojas de banana sirviendo de platos y de fuentes. Los pasos silenciosos de los criados, más silenciosos que fantasmas, sus turbantes de muselina blanca y roja, la profundidad sin límites del espacio, perdido en las ondas de luz de la luna ante nosotros; detrás las oscuras bóvedas de cuevas antiguas, excavadas por razas ignotas en tiempos ignorados, en honor de una religión prehistórica desconocida: todo esto que nos rodeaba nos trasportaba á un mundo extraño y á épocas lejanas muy diferentes de la nuestra.

Teníamos á la vista representantes de cinco pueblos distintos, cinco diferentes tipos de indumentaria, sin semejanza alguna entre sí. Todos cinco nos eran conocidos en etnografía bajo el nombre genérico de hindus. Del mismo modo las águilas, condores, halcones, buitres y cuervos son conocidos en ornitología como «aves de rapaña», pero análogas diferencias son del mismo modo grandes. Cada uno de estos cinco compañeros, un rajput, un bengali, un madrasí, un sinhalense y un mahrati, es descendiente de una raza cuyo origen han discutido los sabios europeos por más de medio siglo sin llegar á un acuerdo.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

Dr. P. Sollier. — *El problema de la memoria.* — Traducción de Ricardo Rubio. — Madrid, 1902.

Hemos recibido esta interesante obra, recientemente publicada por la Biblioteca Científico-Filosófica. Editada de un modo lujoso, fiel y correctamente traducida, la obra de Sollier constituye un admirable y sugestivo estudio de psico-mecánica, aun cuando la modestia del autor solamente la haya titulado ensayo. Sus comparaciones son claras y exactas.

Todos los autores han intentado comparar el mecanismo de conservación de las imágenes con algún aparato de los usados en la vida ordinaria: Spencer lo comparó á un piano; Taine á una imprenta; Guyau, el filósofo del porvenir, á un fonógrafo; Sollier rechaza estos símiles por demasiado groseros y va á buscar la semejanza en lo que nadie pensara, en el imán y el trozo de acero sometido á su acción, y apoyado en su comparación; de tal modo vence dificultades y aclara puntos oscuros, que su opinión se destaca asequible á todas las inteligencias, y deja tan honda huella, que asegura su conservación durante un tiempo indefinido.

Cuantas veces puede descender al campo de la fisiología y de la clínica, mas éstas, muy pobres en hechos utilizables para la psicología, no siempre le prestan la ayuda que buscara; pero no por eso las abandona, y cuantas veces cree poder encontrar algo práctico, de apoyo, lo utiliza.

Sollier tiene un criterio cerradamente materialista que le obliga á emplear una enorme cantidad de ingenio en hallar subterfugios con qué poder arrastrar sus ideas entre los escollos que la verdad le opone, lo que no siempre consigue á pesar de sus habilidades de polemista y su indiscutible fuerza de razonamiento.

Todos los psicólogos admiten en la memoria dos elementos: uno consciente ó fisiológico, otro inconsciente ó psicológico. Sollier subordina ambos á conexiones anatomo-fisiológicas de los centros cerebrales. Y sin embargo, él no puede por menos de reconocer que la voluntad y la emoción influyen de un modo considerable en el mecanismo de la memoria.

Habla de sus experimentos sobre histerias hipnotizadas; cuenta casos curiosísimos en que ha logrado la *anestesia* cerebral, mas sólo aprovecha el

hecho lo conseguido, sin tratar de averiguar por qué ha sucedido, lo que quizá no le sería posible dado su criterio.

Casos mucho más notables han sido comunicados al público desde las páginas de esta y otras revistas análogas, pero explicados lógicamente.

No obstante, *El problema de la memoria* constituye una obra modernísima y digna de ser conocida y estudiada.

CÉSAR JUARRO.



Carlos Darwin. — *Autobiografía.* — Recuerdos del desenvolvimiento de mi espíritu y de mi carácter. — Traducción de Ciro Bayo. — Madrid, sin año. — B. Rodríguez Serra, editor. Un volumen (188 pág.), 2 ptas.

Pocas veces, como en el caso presente, el que nos ofrece la obra del gran naturalista inglés, resplandece la verdad y la sencillez en las memorias de los grandes hombres. Las más sinceras son con tanta frecuencia tan desvergonzadas y francas (?); por ejemplo, las de Heine, que han tenido que ofrecerse llenas de manquedades, lagunas y soluciones de continuidad, más peligrosas que la misma realidad que ocultan.

Las de Renan, Goethe, Goncourt, en fin, las de tantos otros que no recuerdo ahora, pero que desde luego conozco, están llenas de una superafectación que dejan muy por debajo las exaltaciones ególatras y egoárquicas de Carlyle, Schopenhauer y Nietzsche.

Como excepción, antes que las de Darwin, recuerdo las de Stuart-Mill, que han dejado en mi espíritu una huella saludable y dulce. Son sincerísimas.

Las de Darwin interesan por más de un concepto y son dignas de una lectura detenida y consciente, por los datos que su hijo F. Darwin ha añadido referentes á su abuelo, el padre del ilustre naturalista.

Hace pensar seriamente la condición psíquica del padre del autor del *Origen de las especies*, sus adivinaciones, sus videncias, y sobre todo la confianza en su misión en el mundo y en la fuerza de su conducta. Condiciones todas que, reunidas por la herencia, de un modo peculiar y propio en el hijo, por su condición personal, forman la base y eje de su desarrollo mental, de sus visiones ó descubrimientos.

La comparación psicológica de los caracteres de Darwin padre y Darwin hijo, es posible que, aun valiéndonos sólo de los datos que se consignan en la obra que motiva estas líneas, diese algunas conclusiones curiosas é interesantes sobre la realización individual y colectiva del Destino, de la Voluntad en la Naturaleza ó de la Razón de la Existencia.

He aquí, pues, uno de los muchos caracteres que hacen interesante el libro de Darwin, y por el cual me atrevo á recomendarlo.

RAFAEL ÚRBANO.